

# ACAB UN MATRIMONIO HECHO EN EL INFIERNO

EDDIE CLOER

*Texto: 1º Reyes 16.29—22.40*

Los evolucionistas sostienen que la vida humana, tal como la conocemos hoy, evolucionó a partir de una sola célula durante millones de años. Esta clase de evolución no puede ser creída por una persona pensante, y el motivo es sencillamente que alguien que razone con sinceridad, insistiría en que la posibilidad de que una célula por sí sola se convierta de golpe en un ser humano, es nula. Un ser humano es tan formidablemente complejo que una sola célula aislada del cerebro humano, es más intrincada que la computadora más sofisticada que el hombre pueda construir. ¿Quién podría creer que una sola célula podría crecer y multiplicarse, sin ayuda milagrosa, divina, hasta convertirse en un ser humano, completo, que tiene un espíritu que piensa, ama, odia y sueña? La teoría de la evolución, como sistema de creencias que es, se desmorona de camino al laboratorio de investigaciones, el lugar donde se prueba la verdadera ciencia.

Además de ser increíble, la evolución tiene ante sí otra prueba que no pasa: Es incapaz de dar explicación válida del matrimonio y el hogar. La base de una familia la constituyen dos personas, no una sola, sino dos personas que son diferentes una de la otra, pero que son compatibles: un hombre y una mujer, y que son atraídos para vivir juntos por

el amor y el compromiso. La existencia del hogar duplica las dificultades del evolucionista. Tendría que dar razones para la evolución de dos, varón y hembra, que alcanzarían la madurez evolucionaria a un mismo tiempo, y que tendrían en común la idea de establecer un hogar. La necesidad de que dos tuvieran que evolucionar a un mismo tiempo hace que la evolución sea doblemente inconcebible.

La realidad es que una de las cosas más hermosas de la vida es el hogar cristiano. No se puede dar explicación alguna, salvo decir que es el don de Dios para el hombre y para la sociedad. Cuando abrimos la Biblia, los anales inspirados de Dios que relatan cómo llegaron a ser todas las cosas, en seguida nos habla en Génesis de que Dios creó el hogar (Génesis 2—3). No evolucionó; fue creado. La explicación que da Dios de los orígenes concuerda con todo lo que sabemos acerca de la vida; por lo tanto, debería ser fácil para nosotros creerla y recibirla.

El hogar, según Génesis, no solo nos fue dado como un acto de la bondad de Dios, sino que fue puesto dentro del marco de nuestro libre albedrío, de nuestra naturaleza espiritual. En otras palabras, se nos ha dado la habilidad de tener una familia, pero nosotros debemos elegir con quién nos casaremos y qué clase de familia tendremos. El hogar, con todos sus significados y maravillas, depende de las elecciones que hagamos. Cada uno

de nosotros puede decidir tener un hogar que sea un cielo o que sea un infierno, sobre la tierra. Queda a opción nuestra.

A veces, cuando vemos un matrimonio que parece ideal, decimos que fue «hecho en el cielo». Lo contrario, aunque nunca lo decimos, también es cierto. Debido a las malas elecciones que algunas personas hacen, el matrimonio puede ser un desastre. Podríamos decir que tal matrimonio fue hecho en el infierno. En otras palabras, el diablo influyó la decisión de los dos para que se casaran, y ha influenciado la conducta de la pareja casada; por consiguiente, el matrimonio cumple los propósitos del diablo, no los de Dios.

En las Escrituras se presenta un ejemplo de esta clase de matrimonio, un matrimonio que se destaca entre todos los demás, el matrimonio de Acab y Jezabel. Era un matrimonio real entre el hijo de Omri rey de Israel, y la hija de Et-baal rey de Tiro. Acab fue el octavo rey de Israel, cuyo reinado de veintidós años, en Samaria, se extendió del 874 al 853 a. C. El matrimonio de Acab y Jezabel tuvo una gran influencia en las tendencias espirituales que quedaban en Israel. Tal vez ningún otro hogar ejerció tan impía influencia sobre una nación como la ejerció este.

Echemos una mirada a este matrimonio desde el punto de vista de qué fue lo que lo hizo fracasar y por qué llegó a ser tan destructivo para Acab y Jezabel, así como para la nación.

### **NO TUVO UN MOTIVO LEGÍTIMO**

En los tiempos del Antiguo Testamento, el matrimonio era un medio por el cual los reyes a veces procuraban crear paz y buenas relaciones entre dos naciones. Cuando la hija de un rey era dada en matrimonio a otro rey, ello era una señal de acuerdo entre las dos naciones para tratar de trabajar juntas. Aunque no se declara de modo expreso en las Escrituras, parece que el matrimonio de Acab y Jezabel fue en realidad un matrimonio de conveniencia, una especie de sello para una alianza entre Omri y Et-baal, que vinculaba a las naciones de Israel y de Tiro. Tal vez con tal estrategia se consolidaban de hecho relaciones de paz y acuerdos económicos entre las naciones, pero huelga decir que usar el matrimonio para tales propósitos, degrada la dignidad y el valor de una unión, convirtiéndola en una simple ficha de negociación. La hermosa unión dada por Dios, de dos vidas, es tomada y convertida en un «instrumento» a usarse para cualquier ventaja que se pueda obtener de ella. Dios desea que el matrimonio sea para la felicidad de los dos que forman

parte de la relación, no para el mercantilismo ni para la ganancia monetaria de individuos o de naciones.

Los propósitos del matrimonio pueden reducirse a dos: el compañerismo y el establecimiento de una familia. Estos propósitos son discernibles en los anales divinos de la creación del matrimonio:

Y puso Adán nombre a toda bestia y ave de los cielos y a todo ganado del campo; mas para Adán no se halló ayuda idónea para él (Génesis 2.20).

Entonces Jehová Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y mientras éste dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar. Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre. Dijo entonces Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada (Génesis 2.21-23).

Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne (Génesis 2.24).

Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra lo creó. Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla... (Génesis 1.27-28).

Este diseño divino para el matrimonio no puede alterarse ni torcerse sin causar daño a los dos que forman parte de la relación, ni sin lesionar la influencia que el matrimonio tendrá en los demás. Quienquiera que forme parte de un matrimonio, la más permanente y la más íntima de todas las relaciones, y lo haga por dinero, por posición, por estatus o por cualquier otro motivo ilegítimo, ha corrompido el plan de Dios para el matrimonio.

El matrimonio bíblico es el fundamento de la sociedad, es el cimiento sobre el cual todas las personas han de andar y edificar sus vidas. Si se quita el matrimonio, la sociedad se desmorona; si se distorsiona el matrimonio, las aflicciones y toda clase de males atormentan a la humanidad.

El matrimonio de Acab y Jezabel comenzó de un modo ilegítimo, para un propósito ilegítimo. Esta dificultad debió de haber afectado el matrimonio de ellos; no obstante, la Biblia no da detalle alguno de ello, pero eso sí, presenta a ese matrimonio convirtiéndose en una tragedia. Tal vez la razón para estar juntos fue uno de los factores que mayor incidencia tuvo en el mal resultado que dio el matrimonio de ellos. Todo matrimonio que se arregle para propósitos siniestros está destinado a tener problemas.

## LO CONTROLÓ UNA RELACIÓN ILEGÍTIMA

Una clara característica del matrimonio de ellos, que hizo que este se deteriorara y desintegrara, fue la relación que Acab y Jezabel tuvieron el uno con el otro dentro del matrimonio. Desde un principio, Dios eligió que el esposo fuera la cabeza del hogar y que la mujer fuera reina de este (Efesios 5.23, 25; 1<sup>era</sup> Timoteo 2.11–15). El orden administrativo establecido por Dios tiene como propósitos la felicidad tanto del hombre como de la mujer, y el mejor interés de los niños. Entrar a formar parte de la relación matrimonial no confiere automáticamente al esposo y la esposa una relación apropiada y funcional, que haga hermoso el matrimonio. La relación que se necesita y mandan las Escrituras debe ser reconocida y mantenida por elección tanto del esposo como de la esposa.

Desde cierto punto de vista, puede considerarse que Acab fue un rey eficaz. En primer lugar, estableció relaciones pacíficas con el reino del sur. Esta alianza con Josafat, el buen rey del sur, ayudó a Acab y tuvo algunos efectos buenos en la nación. En segundo lugar, en las Escrituras se presenta a Acab como un gobernante capaz que guió a su nación en empresas de construcción que hicieron progresar económicamente a la nación. Dejó tras sí un palacio con acabados artísticos, así como ciudades que él construyó, fortificó y preparó para la autodefensa contra toda clase de atacantes.

El resto de los hechos de Acab, y todo lo que hizo, y la casa de marfil que construyó, y todas las ciudades que edificó, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Israel? (22.39).

Además, Acab parecía ser un soldado fuerte y astuto que podía dirigir eficazmente a un ejército. Fueron dos veces las que derrotó a las fuerzas arameas, de conformidad con las predicciones de «un profeta» de Jehová (20.1–34).

A pesar de las anteriores fortalezas, Acab, en su condición de líder de su hogar, tenía tres fallas manifiestas. En primer lugar, no dirigía en su hogar. Era un esposo *débil*. Alguien preguntó a un hombre: «¿A usted lo domina su mujer?». Este respondió: «Dame un minuto, se lo preguntaré a ella». Este esposo describe a Acab. Jamás lo habría reconocido, pero la verdad es que Jezabel lo dominaba como la rienda al caballo. La debilidad de Acab era mayor que su iniquidad. Permitió que Jezabel lo indujera a la realización de propósitos y planes inicuos. Para usar la metáfora de R. G. Lee, Jezabel era la piedra de afilar del diablo en que este afilaba sus armas inicuas para realizar sus malas obras. Ella

ejerció gobierno sobre su esposo y sobre la nación, y estableció por todo Israel el culto a Baal, del cual era muy devota (21.25).

La segunda falla de Acab era el *egoísmo*. Él es un ejemplo de cuán inicuo puede llegar a ser un hombre que es egoísta. Su actitud para con Nabot y la viña de este, es una ilustración de su egocentrismo (21.1–16). Deseaba la viña de Nabot, que estaba cerca de su palacio, para un huerto de legumbres. Este deseo se convirtió en una pasión dentro de él. Estaba constantemente en su cabeza. Le obsesionaba. Después que fracasaron los intentos legítimos por obtenerla, fue a su palacio y se enfurruñó como un niño mimado. Jezabel oyó acerca de cuán molesto estaba él, se le acercó, y le dijo: «Yo te la conseguiré. Déjame a mí».

Dio órdenes de que Nabot fuera muerto por ejecución judicial con el fin de conseguir la viña. Acab sabía qué era lo que ella estaba haciendo; pero como estaba aguijoneado por el deseo diabólico de obtener la viña, no la detuvo. No fue Acab quien cometió los homicidios. En sus manos no hubo sangre, pero no interfirió en los planes de Jezabel. Cuando le llegaron noticias de que las muertes habían ocurrido, y de que la viña era suya, enseguida tomó posesión de esta, como un niño corre a abrir el buzón del correo cuando sabe que el cartero ha hecho entrega de un presente para él. A Acab no pareció preocuparle que Nabot y los hijos de este habían sido muertos para satisfacer su egoísta codicia. Para sorpresa de Acab, Elías lo recibió en la viña y anunció el juicio de Dios sobre él. El rey tembló cuando oyó las palabras de Elías:

... Así ha dicho Jehová: En el mismo lugar donde lamieron los perros la sangre de Nabot, los perros lamerán también tu sangre, tu misma sangre (21.19).

De Jezabel también ha hablado Jehová, diciendo: Los perros comerán a Jezabel en el muro de Jezreel (21.23).

El anuncio acaparó la atención de Acab, por no decir otra cosa. Este respondió con aflicción y se puso cilicio (21.27), y Dios dijo: «... no traeré el mal en sus días; en los días de su hijo traeré el mal sobre su casa» (21.29). Dios no lo eximió de la totalidad de la sentencia de juicio, pero sí lo eximió de parte de ella (22.37–38).

Aún otra debilidad de Acab fue su titubeo en relación con el culto de Jehová. Tenía una *personalidad religiosa desdoblada*. Nunca abandonó el culto del verdadero Dios, pero eligió adorar a Baal también. Cedió a las demandas de Jezabel por

que se construyeran lugares altos para su religión pagana. Las Escrituras dicen que Acab «se vendió» para hacer lo malo. Esto es, se entregó completamente a la iniquidad:

A la verdad ninguno fue como Acab, que se vendió para hacer lo malo ante los ojos de Jehová; porque Jezabel su mujer lo incitaba. Él fue en gran manera abominable, caminando en pos de los ídolos, conforme a todo lo que hicieron los amorreos, a los cuales lanzó Jehová de delante de los hijos de Israel (21.25-26.)

Ahora, mezclemos todas estas debilidades y veamos el resultado. La mezcla produjo un matrimonio que era dominado y controlado por una mujer inicua cuyo corazón estaba encendido por el infierno y estaba decidido a destruir el culto de Jehová. El resultado fue que en Israel hubo estragos: Acab fue corrompido; Jezabel casi se sale completamente con la suya con su religión de demonios; su hogar llegó a ser un pozo séptico de maldad, y la nación se hundió hasta su más bajo nivel espiritual.

Recientemente hablé con un hermano que ha estado casado con una maravillosa mujer durante sesenta y cinco años. Me habían invitado para la celebración del aniversario. Después de expresar mis felicitaciones, les pregunté: «¿A qué atribuye el éxito de su matrimonio?». Con una sonrisa en su rostro, me contó esta historia: «Cuando nos casamos, acordamos mutuamente que ella tomaría todas las decisiones menores, y que yo tomaría todas las decisiones mayores. Ya hemos estado casados durante sesenta y cinco años, ¡y todavía no hemos hecho frente a ninguna decisión mayor!». Él solo estaba bromeando conmigo, y los dos nos reímos de ello; sin embargo hay un aspecto serio en esta historia, que merece consideración. Cuando la esposa o la madre toma todas las decisiones del hogar, ese hogar no podrá ser todo lo que Dios ha planeado que sea. Fracasarán, porque no tiene un verdadero esposo, padre o cabeza. Un triste ejemplo de esto lo constituyen Acab y Jezabel. Si tenemos ojos para ver y corazón para entender, aprendamos de ellos.

Dios ha dado responsabilidades divinas al esposo y a la esposa para el éxito y la hermosura del hogar. Cuando Su modelo se abandona y se rompe, por el motivo que sea, el hogar se desboca, y es destruido un cimiento para el amor y la paz y para la nación.

### **LO CORROMPIÓ UNA RELIGIÓN ILEGÍTIMA**

Un tercer motivo por el que diríamos que el

matrimonio de Acab y Jezabel fue hecho en el infierno, es que abogaba por una religión ilegítima: el culto del baalismo. Dios solo tiene una religión, y cualquier rechazo de esta constituye desobediencia y apostasía. La aceptación del baalismo equivale a la aceptación de una mentira.

El carácter de Jezabel era uniforme y consecuentemente inicuo, pero Acab era como un pastel a medio hornear, solo uno de los lados lo estaba. Nunca abandonó el culto de Jehová, y esto se reflejó en los nombres que dio a sus hijos: Joram («exaltado es Jehová») y Ocozías («fuerte es Jehová»). Conservaba un siervo, Abdías, que era devoto creyente en Jehová. Así, Acab, de nombre y confesión, era adorador de Jehová. Su pecado no fue que abandonara totalmente a Jehová por Baal, sino que trató de servir a los dos (18.21). Es probable que Jezabel resulte ser la mujer más inicua de toda la Biblia. Podía haber ganado un concurso de iniquidad en el que nadie se llevaría un cercano segundo lugar. Ella no solo deseaba introducir sus dios en Israel, sino que deseaba que ese dios dominara a esta nación y sustituyera el culto de Jehová. Al ser abominable de corazón y de alma, ella incluso procuró matar a los profetas de Dios (19.2). En vista de que Jezabel era autoritaria y testaruda, y Acab era indeciso y carente de valentía, su destino se decidió por su matrimonio con Jezabel.

Cuando Jezabel se casó con Acab, ella trajo 450 profetas de Baal a Israel. Era una misionera pagana, y era además devota y ferviente. La anterior apostasía de Jeroboam, al establecer los altares en Dan y Bet-el, y al autorizar los becerros de oro, había sido suficientemente grave; pero esta introducción del culto de Baal era terriblemente peor. Implicaba una sustitución más descarada de la deidad: politeísmo a cambio de monoteísmo, y observancias degradantes y licenciosas, que incluían la prostitución religiosa. La llegada de Jezabel a Israel fue un factor crucial en la historia de Israel. Debido a la influencia que se le permitió tener, la presencia de ella en Israel, hundió a la nación en la más tenebrosa noche de idolatría que jamás conoció.

Acab, a pesar de ser creyente en Jehová, consintió en los deseos de Jezabel, y esta afligió a Israel con el peor azote de religión pagana que hasta ese momento había experimentado Israel. Solo se puede decir que este desastre para la nación surgió de un matrimonio hecho en el infierno.

Por todas las Escrituras está implícita la verdad en el sentido de que los cristianos deben casarse con cristianos, y de que la vida cristiana debe ser el motor de su hogar. El culto de Jehová no es

simplemente una elección menor acerca de la vida; es crucial y central para la felicidad y la fidelidad. Todo matrimonio que sacrifica o descuida el culto sincero de Jehová, abandona las bendiciones de Dios, y le da al diablo una permanente habitación para huéspedes en ese hogar.

Toda persona joven debería tomar un seguro que le proteja contra casarse con la persona equivocada, un seguro que consiste en tomar desde un principio en la vida, la determinación en el sentido de que se casará con un cristiano devoto, un cristiano que estará de acuerdo en dejar que Dios ocupe el primer lugar en el hogar. Acab no debió haber permitido por ningún motivo que se le persuadiera para casarse con alguien que no fuera una mujer que procuraba ser fiel sierva de Dios. El matrimonio con una mujer como Jezabel jamás debió pasar por su cabeza.

### CONCLUSIÓN

He aquí, pues, un matrimonio hecho en el infierno. ¿No le estremece pensar en ello? Arreglado por un motivo ilegítimo, controlado por una relación ilegítima y corrompido por una religión ilegítima, este matrimonio llevó a Israel al matadero. El diablo se salió con la suya al juntar a este rey con esta reina.

Este matrimonio no solo casi arruino a Israel, sino que produjo la muerte de Acab. Un mal matrimonio puede matarlo a uno. Este mató a Acab. Debido a la iniquidad de Jezabel, la muerte de Acab fue un juicio del Señor (22.1–22). Acab y Josafat se aliaron para reclamar a Ramot de Galaad, que estaba bajo dominio de los sirios. Josafat dijo: «Yo te ruego que consultes hoy la palabra de Jehová» (22.5). Acab presentó a cuatrocientos falsos profetas, y todos dijeron: «Sube, porque Jehová la entregará en mano del rey» (22.6). Sedequías, uno de ellos, hizo unos cuernos de hierro, los puso sobre su cabeza y proclamó que con cuernos parecidos, ellos acornearían a los sirios (2º Crónicas 18.10–11). Josafat, con buen tino, dijo: «¿Hay aún aquí algún profeta de Jehová, por el cual consultemos?» (22.7). Había un profeta, llamado Micaías, que sí diría únicamente lo que el Señor le dijera. El siervo que lo trajo le instó a ir con la corriente de los falsos profetas, que estaban todos de acuerdo. Micaías, dijo, en efecto: «Debo decirles lo que el Señor dice» (22.14).

Al comienzo se burló de los falsos profetas,

diciendo: «Oh, sí, tendrán éxito. Vayan y peleen la batalla». Luego les dijo la verdad:

Yo vi a todo Israel esparcido por los montes, como ovejas que no tienen pastor; y Jehová dijo: Estos no tienen señor: vuélvase cada uno a su casa en paz (22.17).

Con estas palabras, Micaías les estaba relatando una visión que tuvo, de la batalla. Dijo que había visto salir espíritus delante del Señor. El Señor había preguntado quién induciría a Acab a ir a la batalla. Un espíritu se ofreció inducirlo por medio de enviar un espíritu de mentira a todos los profetas, y Jehová le dijo: «... hazlo así» (22.22). Furioso por tal profecía, Sedequías golpeó a Micaías en la mejilla. Este le dijo que esperara a ver el resultado; entonces sabría quién había dicho la verdad. Micaías fue llevado a prisión, donde había de ser alimentado con pan y agua hasta que la batalla terminara y el rey volviera sano y salvo (22.26–27).

Acab, turbado por la profecía de Micaías, se disfrazó para ir a la batalla. Al comienzo de esta, el rey de Siria envió a treinta y dos hombres a ir tras Acab únicamente. Ellos casi mataron a Josafat, creyendo que era Acab. Un soldado disparó una flecha «a la ventura». Se le ha llamado «el arquero sin nombre y sin blanco». Guiada por el radar providencial de Dios, la flecha surcó el aire y cayó exactamente donde heriría a Acab. Este murió esa noche a causa de la herida. El juicio de Dios se había cumplido. Antes que se pudiera lavar la sangre del carro, vinieron los perros y la lamieron, exactamente como Elías había anunciado. Cuando vemos la muerte y el juicio de Acab, recordamos de inmediato qué fue lo que los causó: un matrimonio hecho en el infierno.

Dios nos dio el don del matrimonio, pero Él puso dentro de este don los parámetros de nuestro libre albedrío moral. Por lo tanto, uno puede elegir como esposa, del mismo modo que Acab, a una mujer necia, y ser destruido por esta; o bien, puede usar de sabiduría celestial, y elegir como esposa a una preciosa mujer cristiana, y tener un cielo sobre la tierra, y en ese refugio de amor, tener también el más excelente estímulo para vivir para el cielo del mundo venidero. ◆

***Lección a ser aprendida:  
Los matrimonios deben hacerse en  
el cielo, no en el infierno.***